



Enfermedad Mental y Violencia en los Medios de Comunicación. ¿Una asociación ilícita?

Mental Illness and Violence in the Media. An Illicit Association?

Hernán María Sampietro

Universitat Oberta de Catalunya

Resumen

En este artículo se pretende responder a diversos interrogantes que surgen cuando se considera la manera como la enfermedad mental se presenta en los medios de comunicación asociada a la violencia. Para ello, se realizó una revisión de la literatura, incluyendo 81 investigaciones originales o revisiones previas, intentando comprender cuáles son las significaciones que los medios atribuyen a la enfermedad mental y porqué los/as investigadores/as consideran que estas significaciones son inadecuadas y estigmatizantes. A su vez, se analizó qué dicen las investigaciones respecto a la existencia o no de esta asociación fuera de los medios de comunicación. Y, finalmente, se examinaron diversos trabajos que explican las estrategias desplegadas por los medios para construir esta asociación.

La revisión permite concluir que las significaciones atribuidas desde los medios, aunque contradicen las opiniones de profesionales y expertos, son efectivas y funcionales para los criterios comerciales.

Palabras clave: Enfermedad Mental; Medios de Comunicación; Violencia; Estigma.

Abstract

In this article we hope to respond to the various questions that arise when one considers the way in which the media presents mental illness associated with violence. To do so, a literature review was undertaken, including 81 original studies or previous reviews, in an attempt to understand what are the meanings that the media attributes to mental illness and why the researchers consider these meanings to be inadequate and stigmatizing. At the same time, what the research says with respect to the existence, or non-existence, of this association outside of the media was also analyzed. And, finally, different studies were examined that explain the strategies used by the media to construct this association.

The review allows us to conclude that the meanings attributed by the media, even if they contradict the opinions of professionals and experts, are effective and functional for commercial criteria...

Keywords: *Social Mental Illness; Media; Violence; Stigma*

Hace más de medio siglo que Jum Nunnally publicó las primeras investigaciones críticas con los medios de comunicación por su inadecuada representación de la enfermedad mental (Nunnally, 1957; Nunnally, 1962). En estos trabajos, el autor puso de manifiesto que las descripciones que los medios presentaban de las causas, los síntomas, los tratamientos, el pronóstico o los efectos sociales de estos trastornos distaban mucho de las opiniones propias de los expertos en la materia. Nunnally señaló, además, que los medios evidenciaban una tendencia a enfatizar los síntomas más bizarros de estas enfermedades.

Estas primeras observaciones dieron origen al desarrollo paulatino de diversas líneas de investigación interesadas en el tema. A lo largo de los años, los trabajos publicados han remarcado que la enfermedad mental se representa de manera inadecuada y desfavorable en los medios de comunicación, fundamentalmente, por asociarla con la violencia. Para arribar a esta conclusión, los autores analizaron diversos medios (prensa, televisión y cine), siguiendo diferentes procedimientos metodológicos.

La Prensa

Una de las variables más estudiada ha sido la evolución de esta representación en la prensa. Para ello, se siguieron tres procedimientos: la extracción de una muestra en un breve lapso temporal y su comparación con los datos obtenidos en estudios previos (Day & Page, 1986; Coverdale, Nairn & Claasen, 2002; Nairn & Coverdale, 2005), el muestreo de datos pertenecientes a épocas diferentes para un análisis comparativo (Matas et al. 1986; Wahl, Wood & Richard, 2002) o los estudios longitudinales que incluyen todos los datos pertenecientes a un extenso período de tiempo (Wahl & Licoln, 1992; Wahl, Borostovik & Rieppi, 1995; Wahl, 1996; Corrigan et al., 2005; Clement & Foster, 2007). En todas estas investigaciones, se observó que, para muchos elementos comparados, no había cambios. Así, aunque aparecían mejoras estilísticas, especialmente por introducirse la terminología diagnóstica psiquiátrica, a nivel de contenidos continuaban repitiéndose, según los autores, tópicos erróneos, como la asociación entre la

enfermedad mental y la violencia o la confusión entre la esquizofrenia y la personalidad múltiple. Además, la peligrosidad continuaba siendo, de largo, el tema más común.

Ahora bien, aunque las tendencias generales encontradas fueron similares en los estudios mencionados, también se han observado diferencias en las significaciones que la prensa de cada país otorga a la enfermedad mental. Por ejemplo, Beatrice Huang & Stefan Prieb (2003) observaron que la cobertura que la prensa británica realizaba de la enfermedad mental era significativamente más negativa que la realizada en EEUU y Australia, aun cuando la cantidad de artículos dedicados al tema fuese similar y el tono general de las informaciones fuese siempre negativo. Tendencia que se encontró, especialmente, en la frecuencia de la asociación entre la enfermedad mental con los crímenes y la violencia.

Estas investigaciones se desarrollaron originariamente en países anglófonos (EEUU, Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda); los cuales, además del idioma, comparten una misma tradición de práctica psiquiátrica que ha ido conformando sus significaciones en torno a la enfermedad mental. Más recientemente, comenzaron a realizarse nuevos estudios en otros lugares del mundo, atendiendo a las particularidades del contexto cultural. La mayoría de estas investigaciones realizadas generaron datos consistentes con los primeros resultados. Por ejemplo, Matthias Angermeyer & Beate Schulze (2001) encontraron que en Alemania más de la mitad de las noticias que hablaban de la enfermedad mental informaban sobre crímenes y resaltaban la condición de enfermo mental del acusado como variable explicativa de los acontecimientos. Tendencia negativa que también fue observada en la República Checa (Nawkova, Adamkova, Vondrakova & Nawka, 2007).

Este vínculo se encontró también al realizar el camino inverso, al estudiar las noticias de crímenes y delitos. Por ejemplo, Bernardo Carpiniello, Roberta Girau & María Orrù (2007) observaron que en Italia la prensa tendía a vincular los homicidios, los suicidios y la totalidad de los actos violentos a una condición psicopatológica del agente, incluso cuando no había un diagnóstico oficial que lo

justificase. Y en España, Manuel Muñoz, Eloísa Pérez, María Crespo & Ana Guillén (2009) observaron que un alto porcentaje de unidades informativas que trataban acerca de actos violentos y crímenes aludían a la presencia o ausencia de problemas mentales en la persona que los cometía. Es decir, al narrar un suceso violento, el hecho de padecer o no un trastorno mental cobraba un protagonismo muy superior al que tenía cualquier otra característica.

Por otra parte, algunos de los estudios recientes, llevados a cabo en nuevos contextos culturales, han arribado a conclusiones muy diferentes. Así, tanto en Irlanda (Meagher, Newman, Fee & Casey, 1995), como en Letonia (Kamerade, 2004), se encontró que los artículos de prensa que hablaban de temas y casos psiquiátricos ofrecían, en su mayoría, informaciones y valoraciones positivas o neutrales respecto a la enfermedad mental (70% y 75%, respectivamente), siendo escasa su aparición vinculada a la violencia, la peligrosidad o la vulnerabilidad. De manera similar, estudiando el uso de la palabra esquizofrenia y sus derivados en la prensa Argentina, Carlos Silva, Paula Chávez & Laura Thiemer (2006) observaron que era infrecuente encontrar esta palabra en la sección policial o asociada con la violencia y la impredecibilidad. También, Omer Boke, Servet Aker, Arzu Aker, Gokhan Sarisoy & Ahmet Sahin (2007) encontraron un uso particular del término esquizofrenia en la prensa de Turquía, que dependía de la orientación religiosa, islámica o laica, del periódico. Según los autores, cuando el término se usaba para mencionar la enfermedad o las personas que la sufren en los medios islámicos, las representaciones eran menos negativas, aunque el uso metafórico de estas palabras acarrea siempre connotaciones estigmatizantes. En definitiva, parece que el contexto cultural puede afectar a las significaciones atribuidas por la prensa a la enfermedad mental.

La Televisión

Luego de los citados trabajos pioneros de Nunnally (1957, 1962), hubo que esperar casi dos décadas para que se retomase el estudio sistemático de la representación de la enfermedad mental en la televisión. Desde

entonces, se han analizado diferentes tipos de programas televisivos de EEUU. Por ejemplo, Benjamin Goldstein (1979) analizó las series policiales y de detectives, encontrando que si un criminal era etiquetado como enfermo mental, se presentaba al personaje como más peligroso y violento que a los criminales "sanos". A su vez, Otto Wahl & Rachel Roth (1982) observaron que cuando un personaje de televisión era catalogado como enfermo mental sólo se lo identificaba y definía a partir de esta variable, presentándolo como peligroso y atemorizante. De manera similar, Laurel Fruth & Allan Padderud (1985) señalaron que en las telenovelas los personajes mentalmente enfermos usualmente eran "malvados". Por su parte, Nancy Signorelli (1989) observó que, aunque en los dramas televisivos los personajes con una enfermedad mental representaban una pequeña proporción entre todos los roles, existía una alta probabilidad de que aparecieran como agentes de crímenes y violencia o siendo victimizados por otros. También Donald Diefenbach (1997) notó que existía una alta correlación entre la enfermedad mental y los crímenes violentos en la televisión. Según el autor, los personajes así caracterizados eran diez veces más violentos que los otros personajes de la televisión y veinte veces más violentos que la población de EEUU diagnosticada con un trastorno mental.

Por supuesto, no sólo en EEUU se ha estudiado la representación de la enfermedad mental en la televisión. Tanto en Gran Bretaña (Rose, 1998) como en Nueva Zelanda (Wilson, Nairn, Coverdale & Panapa, 1998), se encontró que la peligrosidad era, en diferentes programas de prime-time, la significación más usual que se les atribuía a estas personas. Sin embargo, también aparecían con relativa frecuencia otras significaciones, como la vulnerabilidad y la incapacidad para hacerse cargo de la propia vida. Además, los niveles de violencia explícita eran más bajos y, en Gran Bretaña, aparecía un nuevo agente al que se le atribuían las responsabilidades: las políticas sanitarias públicas.

Igualmente, en Australia, Jane Pirkis et al. (2001) analizaron esta representación en los informativos, encontrando que el tercer ítem más frecuente eran las noticias policiales y de crímenes. En estos casos, tendía a remarcarse

la violencia, sin especificarse que se trataba de casos aislados y raros. Además, Catherine Francis, Jane Pirkis, Warwick Blood, Philip Burgess & David Dunt (2003), encontraron que, para estas noticias, la asociación variaba en función del tipo específico de enfermedad mental. Así, esta asociación se incrementaba significativamente en el caso de la esquizofrenia o abuso de sustancias, pero estaba completamente ausente en los desórdenes de la alimentación, la demencia o el estrés.

Cabe destacar aquí que algunas de las investigaciones más recientes han arribado a conclusiones diferentes. En este sentido, Pirkis et al. (2004) y Connie Henson, Simon Chapman, Lachlan McLeod, Natalie Johnson, Kevin McGeechan & Ian Hickie (2009) observaron que desde la implementación de los programas públicos antiestigma en Australia la calidad de las informaciones había mejorado significativamente, disminuyendo la frecuencia de la asociación entre enfermedad mental y violencia, siendo más habitual que los usuarios y profesionales de los servicios de salud mental pudieran expresar sus propias valoraciones.

Por otra parte, en España, Manuel Muñoz, Eloísa Pérez, María Crespo & Ana Guillén (2009) analizaron los programas informativos y de sucesos, concluyendo que los estereotipos de peligrosidad e impredecibilidad eran más frecuentes en las unidades informativas procedentes de la televisión, aun cuando en este medio era marcada la escasez de noticias que trataban el tema. Además, el estereotipo de responsabilidad (que culpabiliza a la persona enferma de su padecimiento) sólo se encontró en las unidades informativas de la televisión, no apareciendo nunca en la prensa o en la radio.

Finalmente, pueden encontrarse otras investigaciones que atienden a la representación de la enfermedad mental en los programas de televisión orientados a los niños (Wilson, Nairn, Coverdale & Panapa, 2000; Wahl, Hanrahan, Karl & Lasher, 2007). En estos trabajos, se observó que casi la mitad de los programas hacían referencias a la enfermedad mental, predominando el uso de términos despectivos. Los personajes presentados como mentalmente enfermos eran caracterizados como atemorizantes y

malos o como motivo de burla y escarnio, y se justificaba su exclusión o la falta de respeto hacia los mismos. Según estos autores, la infancia estaría siendo socializada con concepciones estigmatizantes de la enfermedad mental.

El Cine

Las investigaciones que atienden a la representación de la enfermedad mental en el cine son escasas y suelen basarse en pocos ejemplos, atendiendo al tipo o calidad de las representaciones. Debido a la falta de estudios extensivos, que permitan extraer conclusiones respecto a las tendencias generales en el conjunto de la filmografía, aparecen grandes diferencias en las observaciones y valoraciones aportadas por los investigadores.

Por una parte, encontramos trabajos que son críticos respecto a la manera de representar la enfermedad mental en el cine. Por ejemplo, según Steven Hyler, Glen Gabbard & Irving Schneider (1991), este medio construiría los roles mentalmente enfermos como "diferentes", utilizando diversos recursos técnicos como la música discordante, la atmósfera de la iluminación, etc., perpetuando así estereotipos sociales como la peligrosidad. También Peter Byrne (2000), que analizó la película "Me, Myself and Irene", señaló diversas significaciones inadecuadas, como la confusión entre la esquizofrenia y la personalidad múltiple o su asociación con la violencia y la obscenidad. A su vez, fuera de Hollywood, Chillal Prasad, Girish Babu, Prabha Chandra & Santosh Chaturvedi (2009) observaron que en el cine producido en el estado indio de Karnataka, la mayoría de las películas presentaban los trastornos mentales de manera estigmatizante.

También las investigaciones que atienden al cine de Walt Disney y las películas infantiles arribaron a conclusiones negativas. Así, según Allan Beveridge (1996) y Andrea Lawson & Gregory Fouts (2004) en la industria Disney la violencia y la conducta irracional se significaban como manifestaciones de enfermedad mental, por lo cual estos personajes, muy frecuentes en estas películas, aparecían como objeto de temor o burla, siendo indeseables y despreciados. A su

vez, Otto Wahl, Amy Wood, Parin Zaveri, Amy Drapalski & Brittany Mann (2003) observaron que en las películas de Hollywood dirigidas a un público infantil, los personajes etiquetados como enfermos mentales tendían a ser representados como violentos o atemorizantes y a ser identificados con términos despectivos. Sin embargo, no aparecían nunca como objeto de burla o rechazo, sino necesitando ser protegidos o, incluso, actuando de manera heroica. Es decir, fuera de la factoría Disney mejorarían las representaciones de la enfermedad mental en las películas dirigidas a un público infantil.

Igualmente, según diversas investigaciones, también los profesionales de los servicios de salud mental aparecen de manera estereotipada y estigmatizada en las películas de Hollywood, con una marcada tendencia a la discriminación de género (Bischoff & Reiter, 1999; Gabbard & Gabbard, 1999; Gabbard, 2001).

Sin embargo, existe otra serie de investigaciones que valoran positivamente al cine por sus representaciones de la enfermedad mental. Son trabajos que consideran que hay un gran número de películas razonablemente precisas, o incluso modélicas, en sus representaciones de los trastornos. Por ejemplo, Steven Hyler (1988) señaló que sólo para la esquizofrenia y las psicosis era frecuente encontrar representaciones inadecuadas en el cine de Hollywood. Valoración que también se realizó con el cine de Oceanía (Rosen, Walter, Politis & Shortland, 1997; Tam, 2002), concluyéndose que las representaciones son cada vez más precisas en cuanto a causas, tratamientos y posibilidades de recuperación, lo que ayudaría a reducir el estigma. Incluso, hay trabajos que proponen al cine como recurso pedagógico para los profesionales de la salud mental, tanto para las producciones de Hollywood (Robinson, 2005; Datta, 2009; Akram, O'brien, O'neill & Latham, 2009), como para el cine Malayalam (Menon & Ranjith, 2009) o Tamil (Mangala & Thara, 2009). En todos estos casos, se considera que, aunque las películas repitan estereotipos o sean estigmatizantes, muchas pueden usarse para estimular en los estudiantes la reflexión en torno estos temas.

¿Existe asociación, fuera de los medios, entre enfermedad mental y violencia?

Al revisar la literatura, encontramos que una de las conclusiones más usuales sostiene que la representación de la enfermedad mental en los medios de comunicación es inadecuada y estigmatizante, por asociarla con una tendencia a la violencia y los crímenes. Además, los casos en los cuales las investigaciones arriban a conclusiones más positivas, lo hacen, precisamente, al valorar que los medios analizados no presentan esta asociación. Es decir, las investigaciones presuponen que tal asociación, en realidad, no existe. Sin embargo, este es un supuesto sobre el cual no hay consenso. No todas las publicaciones científicas están de acuerdo respecto a la existencia o no de este vínculo, a su causalidad y a su significación. Esta cuestión, no obstante, es fundamental para valorar la labor de los medios de comunicación. Veamos diversas respuestas a este interrogante.

No hay asociación.

En primer lugar, encontramos algunos trabajos que niegan que la enfermedad mental evidencie una tendencia a la violencia y el crimen. Así, tanto en Suiza (Modestin, 1995) como en Gran Bretaña (Taylor & Gunn, 1999) se llevaron a cabo estudios longitudinales para valorar si esta tendencia, presente en los medios, se reflejaba en las estadísticas policiales y judiciales. En ambos casos se concluyó que el alcoholismo y el abuso de drogas contribuían significativamente a la conducta criminal, independientemente de factores demográficos, pero los desórdenes mentales, como la esquizofrenia y los desórdenes afectivos, no contribuían a dicha conducta. Además, se observó que el proceso de desinstitutionalización, que incrementó la proporción de personas con una enfermedad mental en la sociedad, no había afectado a los índices de criminalidad de manera negativa.

Incluso, se ha llegado a afirmar que los niveles de violencia y las tasas de criminalidad atribuidas a las personas con una enfermedad mental no dependerían del comportamiento de este colectivo, sino de la orientación y/o los objetivos comerciales de

los medios. Por ejemplo, Richard Barnes & Steven Earnshaw (1993) y Arun Chopra & Gillian Doody (2007) observaron que, en la prensa británica, el grado de esta asociación era diferente según el formato del periódico, *broadsheet* o *tabloid*. Tipos de periódicos que se distinguirían no sólo por el tamaño de sus hojas, sino también por su grado de "seriedad" o sensacionalismo en la elección y presentación de las noticias.

Sí hay asociación.

Más numerosas son las investigaciones que han arribado a la conclusión contraria, afirmando que la enfermedad mental sí es una variable que afecta a la prevalencia de violencia y crimen. En las últimas dos décadas se han publicado diversas recopilaciones de esta literatura (Monahan, 1992; Mulvey, 1994; Walsh, Buchanan & Fahy, 2000; Arbach & Pueyo, 2007). Según todos estos autores, las investigaciones mostrarían de manera consistente que la enfermedad mental es un factor de riesgo, aunque moderado, para los actos de violencia. Por ello, John Monahan (1992) ironizó al afirmar que, en la sociedad actual, existen sólo dos grupos de personas que niegan esta asociación: los defensores de los derechos de los usuarios de los servicios de salud mental y algunos investigadores psicosociales.

Aquí, cabe destacar que la mayoría de estas investigaciones presentan grandes limitaciones metodológicas: las muestras usualmente son extraídas de personas que han cometido crímenes y delitos o de pacientes que están o han estado institucionalizados en hospitales psiquiátricos. Lo cual, evidentemente, no representa al conjunto, ni siquiera a la mayoría, de las personas con problemas de salud mental. Hay pocas excepciones a este sesgo, como la investigación realizada por Jeffrey Swanson, Charles Holzer, Vijay Ganju & Robert Jono (1990), basada en un muestreo representativo de la población general de EEUU, recopilando, simultáneamente, datos demográficos, autoinformes de conductas violentas e indicadores diagnósticos en función de los criterios del DSM-III. Según este estudio, el principal predictor de conductas violentas sería el diagnóstico de Desorden en el Uso de Alcohol y Drogas, no la esquizofrenia o las

enfermedades psicóticas, aunque la sumatoria de patologías diagnosticadas incrementaría las probabilidades de comportarse de manera violenta.

Sin embargo, pese a este consenso mayoritario, dentro de estas publicaciones se han encontrado grandes variaciones en muchos parámetros valorados. Por ejemplo, aunque en diversos trabajos se afirma que la asociación entre enfermedad mental y violencia sigue siendo significativa aun después de considerar variables demográficas (Mulvey, 1998), en otras publicaciones se concluye que el género, el abuso de sustancias, la etnia y la edad serían variables más significativas que la condición psicopatológica (Wessely, 1998). Así mismo, en Suecia (Fazel & Grann, 2006) se observó que, contrariamente a lo que aparece en los medios o en otras investigaciones, la mayoría de pacientes y ex-pacientes de hospitales psiquiátricos que cometían crímenes no eran hombres jóvenes, sino mujeres adultas o ancianas. A su vez, en Alemania (Graz, Etschel, Schoech & Soyka, 2008) se encontró que tanto el tipo específico de trastorno como el estatus marital influían en la prevalencia de la delincuencia posterior. En definitiva, parece necesario considerar el papel que juegan otros factores sociales y culturales, más allá de la condición psicopatológica de los agentes.

Hay un vínculo complejo

Una asociación entre dos factores no debe confundirse con causalidad. En muchos casos, puede no conocerse la forma como un factor afecta a otro o si la covariación es debida a la intervención de terceros factores no especificados. En este sentido, encontramos una serie de investigaciones que están de acuerdo en la existencia de relación entre estas variables, pero invirtiendo el sentido del vínculo. En ellas, se afirma que las personas con una enfermedad mental son más objeto de violencia que agentes de la misma, remarcando la victimización de las personas que sufren estos trastornos. Algunos ejemplos de estos trabajos son los estudios longitudinales presentados por Virginia Hiday, Jeffrey Swanson, Marvin Swartz, Randy Borum & Ryan Wagner (2001) y por Brent Teasdale (2009). Más ejemplos pueden encontrarse en

la revisión de la literatura realizada por Jeanne Choe, Linda Teplin & Karen Abram (2008).

En todos estos casos, los autores señalan que, si bien hay un incremento ligero de los índices de violencia entre estas personas, los índices de victimización son notoriamente más altos que en el resto de la población. Las mediciones varían, pero hablan de entre un 20% y un 34% de personas con una enfermedad mental victimizadas. No obstante, estas investigaciones resaltan que la enfermedad mental no sería causa suficiente para explicar esta situación, sino que confluirían diversos determinantes contextuales (condiciones precarias de existencia, alcoholismo y drogadicción, etc.) y algunas variables demográficas (edad de la víctima, origen étnico, etc.). Además, como apuntaron Hiday, Swanson, Swartz, Borum & Wagner (2001), teniendo en cuenta que un historial de victimización incrementa las probabilidades de comportarse de manera violenta, esta variable bien podría explicar los mayores índices de violencia entre las personas con una enfermedad mental. En este sentido, Heather Stuart (2003) resaltaba que la desatención a los determinantes contextuales de la conducta conduce al error de convertir un comportamiento adquirido por algunas personas, debido a sus condiciones de vida, en una cualidad de la enfermedad.

Existen diversos trabajos recientes que soportan estas ideas. Por ejemplo, Seena Fazel, Niklas Långström, Anders Hjern, Martin Grann & Paul Lichtenstein, (2009) analizaron, en Suecia, potenciales factores de confusión demográficos (edad, sexo, ingresos, estatus marital e inmigrante), mediadores (comorbilidad del abuso de sustancias) y factores de confusión familiar. Allí, los autores encontraron que, sin comorbilidad de abuso de sustancias, las evoluciones eran relativamente similares en los hermanos no afectados por esquizofrenia, sugiriendo que, por genética o por el ambiente temprano, la familia sería un significativo factor de confusión para la asociación entre la esquizofrenia y la violencia.

A la misma conclusión arribaron Eric Elbogen & Sally Johnson (2009), al realizar un estudio longitudinal, representativo de la población de EEUU. Según los autores, si bien la incidencia de violencia es mayor entre las

personas con enfermedad mental, esto sólo sucedería porque en este subgrupo de la población confluyen con mayor frecuencia otros factores de tipo clínico (abuso de sustancias y alcohol) e histórico-contextuales (victimización, desempleo, condiciones precarias de existencia, etc.). Es decir, la señalada asociación entre la enfermedad mental y la conducta violenta sería, en realidad, una covariación debida a la intervención de otros factores que afectan, con mayor frecuencia, la vida de estas personas.

Por supuesto, esta asociación moderada, con porcentajes ligeramente superiores a la media general de la población, no se correspondería con la imagen que se construye desde los medios, los cuales presentan esta asociación casi como un elemento definitorio de algunos trastornos mentales, como la esquizofrenia.

¿Cómo se justifica, y a través de qué estrategias se realiza, la asociación entre enfermedad mental y violencia en los medios?

Ante esta situación, diversas investigaciones se han preguntado por los motivos y/o causas que llevarían a los medios a actuar de esta manera. Las primeras hipótesis analizadas consideraron que podría deberse a falta de información o tratarse de un problema de actitud. Por ello, se realizaron estudios basados en la aplicación de cuestionarios y escalas actitudinales, incluyendo sólo a periodistas (Wahl & Axelson, 1985) o también a psiquiatras y pacientes en las muestras (Matas, el-Guebaly, Peterkin & Green, 1985). En ambos casos, se concluyó que no se trataba de un problema de actitud o de falta de información, ya que las concepciones de los periodistas eran similares a las expresadas por los profesionales de la salud mental y, además, eran conscientes de las representaciones negativas que estaban difundiendo desde los medios. Por el contrario, los argumentos desplegados hablaban, fundamentalmente, de un factor comercial: "el sensacionalismo vende".

Esta conclusión, según la cual el problema no radicaría en el desconocimiento del tema, fue soportada por posteriores investigaciones. Por

ejemplo, Raymond Nairn (1999) observó que el uso de profesionales de la psiquiatría como fuente de información no garantizaba que las noticias o informaciones respecto a la enfermedad mental fuesen menos negativas. Según el autor, aunque a los profesionales se les otorgaba el estatus de expertos, sus palabras eran desvirtuadas al integrarlas en repertorios interpretativos que actualizaban estereotipos tradicionales de locura o al considerarlos portavoces de los servicios de salud mental y atribuirles una posición interesada.

Además, diversas investigaciones que analizaron la prensa, rechazaron las explicaciones basadas en el sensacionalismo (Allen & Nairn, 1997; Nairn, Coverdale & Claasen, 2001; Blood & Holland, 2004), dado que esta manera de representar la enfermedad mental también se reproduciría cuando las informaciones se presentan como factuales y objetivas. En este sentido, señalaron que lo "noticioso" usualmente es construido sin distorsiones en el contenido de la noticia y, muchas veces, sin un estilo sensacionalista. Más bien, se trataría de ofrecer al lector la posibilidad de comprender las historias a través de sus propias significaciones de sentido común. Estrategia de intertextualidad en la cual los nuevos términos profesionales se asimilan a las metáforas, los tropos y los fragmentos narrativos que se han ido acumulando en el sentido común a lo largo de los siglos. Así, en la construcción de informaciones consideradas significativas o noticiosas, la enfermedad mental se subsumiría a los marcos interpretativos dominantes, reproductores de estereotipos.

A la misma conclusión arribó Simon Cross (2004), al analizar la manera como la enfermedad mental, especialmente la esquizofrenia, se presentaba en los documentales televisivos. Estos, por definición, se plantean como un producto de no ficción y su validez depende, en buena medida, de que parezcan objetivos y realistas. Nuevamente, aunque estos documentales utilizaban conceptos psiquiátricos actuales, se basaban en concepciones históricas de la locura. Además, el autor observó una "antropomorfización de la enfermedad" que tendría su origen en el arte pictórico, actualizada en un nuevo

formato. La reproducción de estos estereotipos visuales sería un intento de "visualizar lo inobservable", hacer que la diferencia pueda ser reconocida en imágenes.

Igualmente, se ha observado que la representación de la enfermedad mental, además de ser efectiva para los medios, es funcional para la audiencia. Así, tanto Cross (2004) como Emma Van Hoecke (2008) concluyeron que la atribución de una "alteridad" a las personas mentalmente enfermas, su estigmatización y segregación, sería funcional al delimitar la fuente de peligros. Los autores hablan de una "seguridad anticipatoria": si la diferencia es visible, podemos detectarla antes de que ésta nos alcance y pueda dañarnos. Proceso que convierte a los usuarios, según van Hoecke, en "íconos de locura y maldad".

Precisamente, para conocer las estrategias discursivas específicas y los recursos técnicos utilizados en la construcción estas significaciones, se estudiaron diferentes tipos de medios y programas. Por ejemplo, Riley Olstead (2002) analizó las estrategias textuales desplegadas por la prensa para asociar la enfermedad mental con la violencia y la criminalidad. Según el autor, se combinarían diversos recursos semánticos y sintácticos. Entre ellos: la estructura narrativa discriminatoria "nosotros-ellos"; las construcciones de sentido en las cuales las personas aparecen, simultáneamente, como racionales e irracionales; la manipulación sintáctica de los grados de agencia, afectando a las atribuciones de responsabilidad y culpa, convirtiendo la enfermedad mental en un problema personal; el uso de estereotipos para categorizar, simplificar y significar las acciones y homogeneizar a las personas; y las definiciones elaboradas sólo en base a características negativas.

A su vez, Claire Wilson, Raymond Nairn, John Coverdale & Aroha Panapa (1999) analizaron el uso de los recursos técnicos, semióticos y discursivos desplegados en un drama televisivo para presentar como peligroso a un personaje mentalmente enfermo. Los autores señalaron nueve dispositivos que se combinarían para generar este efecto: el aspecto, la música y los efectos sonoros, la iluminación, el lenguaje, el intermontaje, los saltos de montaje, la perspectiva de los enfoques, el uso de las convenciones de

horror y la intertextualidad. También fue objeto de estudio un programa de no-ficción, el reality show COPS. En este trabajo, Phillip Shon & Bruce Arrigo (2006) atendieron a la construcción intertextual de los significados atribuidos a la enfermedad mental, concluyendo que el programa era una "ceremonia de degradación", realizada a través de la gramática del miedo y la risa, por medio de la cual el fenómeno de la enfermedad mental se transformaría, lingüística y simbólicamente, en una cualidad merecedora de castigo.

Teniendo en cuenta la mayoría de estas observaciones, Martin Anderson (2003) sostuvo que los medios desempeñarían en la actualidad el rol de los mitos. No sólo cumplirían una función de ocio y entretenimiento, también comunicarían valores sociales vía formas simbólicas. Por ello, aunque los medios y/o los programas se presenten opuestos, en ficción o realidad, todos operarían con formas similares, enfocando en el individuo, dramatizando sus historias, apoyándose en marcos explicativos de sentido común y ofreciendo soluciones morales más que políticas.

En definitiva, estos trabajos previos ponen de manifiesto que la forma, inadecuada y estigmatizante, como la mayoría de los medios de comunicación presentan a la enfermedad mental, no es debida a un error, no se produce por carencias (de formación o actitudes) de los comunicadores sociales. Por el contrario, es una construcción que se escoge hacer, aunque contradiga las observaciones aportadas por las investigaciones, dado que es efectiva y funcional para los criterios comerciales. Y, además, estas significaciones no necesitarían ser forzadas o impuestas a la audiencia, ya que engarzan con las concepciones tradicionales de la locura, arraigadas en el sentido común.

Discusión

En esta revisión de la literatura hemos podido comprobar que existen muchos estudios descriptivos interesados en conocer cómo se representa la enfermedad mental en los medios de comunicación. Además, aunque en términos generales se concluye que esta representación suele ser negativa y

estigmatizante, también hemos observado grandes diferencias, que dependen de variables culturales. Lo cual nos advierte de la necesidad de actualizar y contextualizar las conclusiones que se extraen de las investigaciones. En este sentido, al analizar los medios de comunicación, numerosos estudios han puesto de manifiesto que las significaciones atribuidas a la enfermedad mental no son, en absoluto, descriptivas, sino que, por el contrario, están orientadas de manera efectiva y consecuente, respondiendo a los intereses de las voces que construyen los discursos.

Por otra parte, hemos visto que no hay consenso en las investigaciones respecto a la cuestión de si hay o no hay relación entre la enfermedad mental y una tendencia a la violencia. Variables que usualmente aparecen asociadas en los medios de comunicación. Sin embargo, cuando los diseños metodológicos son multivariados, las respuestas ya no pueden plantearse de manera simple y dicotómica, en términos de "sí o no". En estas investigaciones multivariadas, violencia y enfermedad mental aparecen como términos que covarían en función de otros factores históricos y contextuales. Lamentablemente, hay muy pocos estudios de este estilo. En todo caso, el nivel y la fuerza de la asociación que presentan los medios no se corresponde con los incrementos moderados observados en los estudios científicos.

Finalmente, hemos revisado los escasos trabajos que atienden a las estrategias específicas y los recursos semánticos, sintácticos y/o técnicos desplegados por los medios para construir esta asociación, presentando a las personas con una enfermedad mental como peligrosas y/o vulnerables, requiriendo la intervención exterior para regular sus vidas. No se han encontrado estudios que comparasen las diferencias en el uso de estas estrategias y recursos en función del contexto cultural o la orientación de los medios analizados, lo cual deja abierto un interrogante para futuras investigaciones.

Cabe destacar aquí que esta revisión no pretende ser exhaustiva respecto a toda la literatura publicada en torno al tema objeto

de interés. Además, se incluyeron sólo artículos publicados en inglés y castellano, dando prioridad a los estudios empíricos, que generaron sus propios datos, descartándose así diversos ensayos y teorizaciones. Pero, aun reconociendo su no exhaustividad, este trabajo sí pretende ser representativo de las principales líneas de investigación, permitiendo reconocer las tendencias generales observadas en las últimas décadas.

Referencias

- Akram, Adil; O'brien, Aileen; O'neill, Aidan & Latham, Richard (2009): Crossing the line - Learning psychiatry at the movies. *International Review of Psychiatry*, 21 (3), 267-268.
- Allen, Ruth & Nairn, Raymon (1997): Media depictions of mental illness: an analysis of the use of dangerousness. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, Vol. 31(3), 375-381.
- Anderson, Martin (2003): 'One flew over the psychiatric unit': mental illness and the media. *Journal of Psychiatric and Mental Health Nursing*, 10, 297-306.
- Angermeyer, Matthias & Schulze, Beate (2001): Reinforcing stereotypes: How the focus on forensic cases in news reporting may influence public attitudes towards the mentally ill. *International Journal of Law and Psychiatry*, 24, 469-486.
- Arbach, Karin & Pueyo, Antonio (2007): Valoración del riesgo de violencia en enfermos mentales con el HCR-20. *Papeles del Psicólogo*, 28 (3), 174-186.
- Barnes, Richard & Earnshaw, Steven (1993): Mental illness in British newspapers (or My Girlfriend is a Rover Metro). *Psychiatric Bulletin*, 11, 673-674.
- Beveridge, Allan (1996): Psychiatry and the Media. Images of madness in the films of Walt Disney. *Psychiatric Bulletin*, 20, 618-620.
- Bischoff, Richard & Reiter, Annette (1999): The role of gender in the presentation of mental health clinicians in the movies: Implications for clinical practice. *Psychotherapy: Theory, Research, Practice, Training*, 36 (2), 80-189.
- Blood, Warwick & Holland, Kate (2004): Risky news, madness and public crisis. A case study of the reporting and portrayal of mental health and illness in the Australian Press. *Journalism*, 5(3), 323-342.
- Boke, Omer; Aker, Servet; Aker, Arzu; Sarisoy, Gokhan & Sahin, Ahmet (2007): Schizophrenia in Turkish newspapers. Retrospective scanning study. *Social Psychiatry and Psychiatry Epidemiology*, 42, 457-461.
- Byrne, Peter (2000) Schizophrenia in the Cinema. Me, Myself and Irene. *Psychiatric Bulletin*, 24, 364-365.
- Carpiniello, Bernardo; Girau, Roberta & Orrù, Maria Germana (2007): Mass-media, violence and mental illness. Evidence from some Italian newspapers. *Epidemiologia e psichiatria sociale - An International Journal for Epidemiology and Psychiatric Sciences*, 16 (3), 251-255.
- Choe, Jeanne; Teplin, Linda; & Abram, Karen (2008): Perpetration of Violence, Violent Victimization, and Severe Mental Illness: Balancing Public Health Concerns. *Psychiatric Services*, 59, 153-164.
- Chopra, Arun & Doody, Gillian (2007): Crime rates and local newspaper coverage of schizophrenia. *Psychiatric Bulletin*, 31, 206-208.
- Clement, Sarah & Foster, Nena (2007): Newspaper reporting on schizophrenia: A content analysis of five national newspapers at two time points. *Schizophrenia Research*, 98 (1), 178-183.
- Corrigan, Patrick; Watson, Amy; Gracia, Gabriela; Slopen, Natalie; Rasinski, Kenneth & Hall, Laura (2005): Newspaper Stories as Measures of Structural Stigma. *Psychiatric Services*, 56, 551-556.
- Coverdale, John; Nairn, Raymond & Claasen, Dona (2002): Depictions of mental illness in print media: a prospective national sample. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 36, 697-700.
- Cross, Simon (2004): Visualizing Madness: Mental Illness and Public Representation. *Television New Media*, 5, 197-216.
- Datta, Vivek (2009): Madness and the movies: An undergraduate module for medical students. *International Review of Psychiatry*, 21 (3), 261-266.
- Day, David & Page, Steward (1986): Portrayal of mental illness in Canadian newspapers. *The Canadian Journal of Psychiatry/La Revue canadienne de psychiatrie*; 31(9), 813-817.
- Diefenbach, Donald (1997): The portrayal of mental illness on prime-time television. *Journal of Community Psychology*, 25(3), 289-302.
- Elbogen, Eric & Johnson, Sally (2009): The Intricate Link Between Violence and Mental Disorder. Results from the National Epidemiologic Survey on Alcohol and Related Conditions. *Arch Gen Psychiatry*, 66(2), 152-161.
- Fazel, Seena & Grann, Martin (2006): The Population Impact of Severe Mental Illness on

- Violent Crime. *The American Journal of Psychiatry*, 163(8), 1397-1403.
- Fazel, Seena; Långström, Niklas; Hjern, Anders; Grann, Martin & Lichtenstein, Paul (2009): Schizophrenia, Substance Abuse, and Violent Crime. *JAMA*, 301(19). 2016-2023.
- Francis, Catherine; Pirkis, Jane; Blood, Warwick; Burgess, Philip & Dunt, David (2003): Media reporting of specific mental illnesses in the context of crime: implications for mental health literacy. *MJA*, 179, 1-15.
- Fruth, Laurel & Padderud, Allan (1985): Portrayals of Mental Illness In Daytime Television Serials. *Journalism Quarterly*, 62 (2), 384-87.
- Gabbard, Glen & Gabbard, Krin (1999): *Psychiatry and the Cinema*. 2nd Edition. American Psychiatric Press.
- Gabbard, Glen (2001): Psychotherapy in Hollywood cinema. *Australasian Psychiatry*, 9 (4), 365-369.
- Goldstein, Benjamin (1979): *Television's portrayals of mentally disturbed deviants in prime-time police/detective dramas*. University of New Mexico. Unedited Thesis, cited by Signorielli, 1989; Diefenbach, 1997.
- Graz, Christian; Etschel, Eva; Schoech, Heinz & Soyka, Michael (2009): Criminal behavior and violent crimes in former inpatients with affective disorder. *Journal of Affective Disorders*, 117(1), 98-103.
- Henson, Connie; Chapman, Simon; McLeod, Lachlan; Johnson, Natalie; McGeechan Kevin & Hickie, Ian (2009) More us than them: positive depictions of mental illness on Australian television news. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 43, 554-560.
- Hiday, Virginia; Swanson, Jeffrey; Swartz, Marvin; Borum, Randy & Wagner, Ryan (2001): Victimization: A link between mental illness and violence? *International Journal of Law and Psychiatry*, 24 (6), 559-572.
- Huang, Beatrice & Priebe, Stefan (2003): Media coverage of mental health care in the UK, USA and Australia. *Psychiatric Bulletin*, 27, 331-333.
- Hylar, Steven (1988): DSM-III at the cinema: Madness in the movies. *Comprehensive Psychiatry*, 29 (2), 195-206.
- Hylar, Steven; Gabbard, Glen & Schneider, Irving (1991): Homicidal Maniacs and Narcissistic Parasites: Stigmatization of Mentally Ill Persons in the Movies. *Hosp. Community Psychiatry*, 42, 1044-1048.
- Kamerade, Daiga (2005): Mass media representation of persons with mental health problems. At: Kamerade, D.: Mass Media and Mental Disability in Latvia. CPS International Policy Fellowship Program.
- Lawson, Andrea & Fouts, Gregory (2004): Mental Illness in Disney Animated Films. *Canadian Journal of Psychiatry*, 49; 310-314.
- Mangala, Ramamurti & Thara, Rangaswamy (2009): Mental health in Tamil cinema. *International Review of Psychiatry*, 21 (3), 224-228.
- Matas, Manuel; el-Guebaly, Nady; Peterkin, Allan; Green, Martin & Harper, Donald (1985): Mental illness and the media: an assessment of attitudes and communication. *Canadian Journal of Psychiatry*, 30 (1), 7-12.
- Matas, Manuel; el-Guebaly, Nady; Harper, Donald; Green, Martin & Peterkin, Allan (1986): Mental illness and the media: Part II. Content analysis of press coverage of mental health topics. *The Canadian Journal of Psychiatry / La Revue Canadienne de Psychiatrie*, 31 (5), 431-433.
- Meagher, David; Newman, Alison; Fee, Margaret & Casey, Patricia (1995): The coverage of Psychiatry in the Irish print media. *Psychiatric Bulletin*, 19, 642-644.
- Menon, Koravangattu & Ranjith, Gopinath (2009): Malayalam cinema and mental health. *International Review of Psychiatry*, 21 (3), 218-223.
- Modestin, Jiri & Ammann, Roland (1995): Mental disorders and criminal behavior. *The British Journal of Psychiatry*, 166, 667-675.
- Monahan, John (1992): Mental Disorder and Violent Behavior. Perceptions and Evidence. *American Psychologist*, 47 (4), 511-521.
- Mulvey, Edward (1994): Assessing the Evidence of a Link Between Mental Illness and Violence. *Hospital Community Psychiatry*, 45; 663-668.
- Muñoz, Manuel; Pérez Santos, Eloísa; Crespo, María & Guillén, Ana (2009): *Estigma y enfermedad mental. Análisis del rechazo social que sufren las personas con enfermedad mental*. Ed. Complutense.
- Nairn, Raymond (1999): Does the use of psychiatrists as sources of information improve media depictions of mental illness? A pilot study. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 33, 583-589.
- Nairn, Raymond & Coverdale, John (2005): People never see us living well: an appraisal of the personal stories about mental illness in a prospective print media sample. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 39, 281-287.
- Nairn, Raymond; Coverdale, John & Claasen, Donna (2001): From source material to news story in New Zealand print media: a prospective

- study of the stigmatizing processes in depicting mental illness. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 35, 654-659.
- Nawková, Lucie; Adámková, Teresa; Vondráčková, Petra; Nawka, Alexander; Miovský, Michal & Raboch, Jirí (2009): The picture of mental disorders in Czech printed media. *European Psychiatry*, Supplement 1, 24.
- Nunnally, Jum (1957): A Comparison of the opinion of experts and the public with mass media presentations. *Behavioral Science*, 2, 222-230.
- Nunnally, Jum (1962): Popular conceptions of mental health. *The Journal of Nervous and Mental Disease*, 134 (4), 380.
- Olstead, Riley (2002): Contesting the test: Canadian media depictions of the conflation of mental illness and criminality. *Sociology of Health & Illness*, 24 (5), 621-643.
- Pirkis, Jane; Blood, Warwick; Francis, Catherine; Putnis, Peter; Burgess, Philip; Morley, Belinda; Stewart, Andrew & Payne, Trish (2001): *The Media Monitoring Project: A Baseline Description of How the Australian Media Report and Portray Suicide and Mental Health and Illness*. Commonwealth Department of Health and Aged Care, Australia. http://www.mindframe-media.com/client_images/372856.pdf
- Pirkis, Jane; Francis, Catherine; Blood, Warwick; Dunt, David; Burgess, Philip; Morley, Belinda; Stewart, Andrew & Putnis, Peter (2004): The portrayal of mental health and illness in Australian non-fiction media. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 38, 541-546.
- Prasad, Chillal; Babu, Girish; Chandra, Prabha & Chaturvedi, Santosh (2009): Chitrachanchala (Pictures of unstable mind): Mental health themes in Kannada cinema. *International Review of Psychiatry*, 21 (3), 229-233.
- Robinson, David (2003): Reel Psychiatry: Movie Portrayals of Psychiatric Conditions. Book Review. *Canadian Journal of Psychiatry*, 50 (11), 736-737.
- Rose, Diana (1997): Television, Madness and Community Care. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 8, 213-228.
- Rosen, Alan; Walter, Garry; Politis, Tom & Shortland, Michael (1997): From shunned to shining. Doctors, madness and psychiatry in Australian and New Zealand cinema. *The Medical Journal of Australia*, 167, 640-644.
- Shon, Phillip & Arrigo, Bruce (2006): Reality-based television and police-citizen encounters. The intertextual construction and situated meaning of mental illness-as-punishment. *Punishment & Society*, 8 (1), 59-85.
- Signorielli, Nancy (1989): The Stigma of Mental Illness on Television. *Journal of Broadcasting & Electronic Media*, 33 (3), 325-331.
- Silva, Carlos; Chávez, Paula & Thiemer, Laura (2006): Estigma y esquizofrenia en diarios de Buenos Aires. *Archivos de Medicina Familiar y General*, 3 (2), 28-31.
- Stuart, Heather (2002): Violence and Mental Illness: An overview. *World Psychiatry*, 2 (2), 121-124.
- Swanson, Jeffrey; Holzer, Charles; Ganju, Vijay & Jono, Robert (1990): Violence and Psychiatric Disorder in the Community: Evidence From the Epidemiologic Catchment Area Surveys. *American Psychiatric Association. Hosp Community Psychiatry*, 41, 761-770.
- Tam, Philip (2002): Psychiatry and the cinema. *Australasian Psychiatry*, 10 (2), 178.
- Taylor, Pamela & Gunn, John (1999): Homicides by people with mental illness: myth and reality. *The British Journal of Psychiatry*, 174, 9-14.
- Teasdale, Brent (2009): Mental Disorder and Violent Victimization. *Criminal Justice and Behavior*, 36, 513-535.
- Van Hoecke, Emma (2009): 'Icons in exile': the representation of mentally ill patients in British newspapers. *International Journal of Culture and Mental Health*, 2 (1), 29-37.
- Wahl, Otto (1996): Schizophrenia in the news. *Psychiatric Rehabilitation Journal*, 20 (1); 51-54.
- Wahl, Otto & Axelson, Gary (1985): A note on news staff views of mental illness and its coverage. *Journal of Community Psychology*, 13 (1), 80-82.
- Wahl, Otto; Borostovik, Linda & Rieppi, Ricardo (1995): Schizophrenia in popular periodicals. *Community Mental Health Journal*, 31 (3), 239-248.
- Wahl, Otto; Hanrahan, Erin; Karl, Kelly; Lasher, Erin & Swaye, Janel (2007): The depiction of mental illnesses in children's television programs. *Journal of Community Psychology*, 35 (1), 121-133.
- Wahl, Otto & Kaye, Arthur (1992): Mental Illness Topics in Popular Periodicals. *Community Mental Health Journal*, 28 (1), 21-28.
- Wahl, Otto & Roth, Rachel (1982): Television images of mental illness: Results of a metropolitan Washington media watch. *Journal of Broadcasting & Electronic Media*, 26, 599-605.
- Wahl, Otto; Wood, Amy & Richards, Renee (2002): Newspaper Coverage of Mental Illness: Is It Changing? *American Journal of Psychiatric Rehabilitation*, 6 (1), 9-31.

- Wahl, Otto; Wood, Amy; Zaveri, Parin; Drapalski, Amy & Mann Brittany (2003): Mental illness depiction in children's films. *Journal of community psychology*, 31 (6), 553-560.
- Walsh, Elizabeth; Buchanan, Alec & Fahy, Thomas (2002): Violence and schizophrenia: examining the evidence. *British Journal of Psychiatry*, 180, 490-495.
- Wessely, Simon (1998): The Camberwell Study of Crime and Schizophrenia. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 33, 24-28.
- Wilson, Claire; Nairn, Raymond; Coverdale, John & Panapa, Aroha (1999) Constructing Mental illness as dangerous: a pilot study. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 33, 240-247.
- Wilson, Claire; Nairn, Raymond; Coverdale, John & Panapa, Aroha (1999) Mental illness depictions in prime-time drama: identifying the discursive resources. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry*, 33, 232-239.
- Wilson, Claire; Nairn, Raymond; Coverdale, John & Panapa, Aroha (2000): How mental illness is portrayed in children's television: a prospective study. *British Journal of Psychiatry*, 176, 440-443.



HERNÁN MARÍA SAMPIETRO

Consultor Docente de la *Universitat Oberta de Catalunya*. Máster en Psicología Social por la *Universitat Autònoma de Barcelona* (UAB). Diploma de Estudios Avanzados (DEA) en Psicología Social por la UAB. Estudiante en los Estudios de Doctorado en Psicología Social de la UAB. Técnico Investigador en Spora Sinèrgies, Consultoria d'Investigació Psicosocial.

DIRECCIÓN DE CONTACTO

hsampietro@uoc.edu

FORMATO DE CITACIÓN

Sampietro, Hernán María (2010). Enfermedad Mental y Violencia en los Medios de Comunicación. ¿Una asociación ilícita?. *Quaderns De Psicologia*, 12(1), 95-107. Recuperado: dd/mm/aaaa, de <http://www.quadernspsicologia.cat/article/view/738>.